

—¿Qué hacemos ahora?

—Pues, no sé. En vista de nuestra aventura, tengo hambre. Regresamos al hotel para la comida. Luego decidiremos— sugirió Steve.

Se encontraron con tío Tony en el comedor del hotel.

—¿Qué tal la siesta, tío?— le preguntó Sue para ver qué diría ° su tío.

—¿La siesta?— preguntó tío Tony, un poco confuso. Entonces se vio en su cara que no recordó lo que había dicho a los jóvenes por la mañana. —Ah, sí, ¡la siesta! Bien, bien, gracias.

Los cuatro comieron y pasaron toda la tarde y la noche juntos. Tío Tony no parecía muy preocupado aunque, de vez en cuando, miraba fijamente al océano y no les oía a los muchachos. Todos descansaron, nadaron un poco más y notaron la fantástica puesta del sol ° sobre el océano.

La mañana siguiente también se divirtieron en la playa. Por la tarde se fueron al puerto de Manzanillo para comprar los boletos de regreso. Cuando llegaron a la estación tío Tony le dijo a la mujer en la caja: °—Señorita, cuatro boletos para Guadalajara, por favor.

—Sí, cómo no— contestó. —Por favor, me permiten ver su identificación o tarjetas de turista.

Sue exclamó:—Yo no tengo mi tarjeta de turista. La dejé en casa.

—Pues, señorita, Ud. tiene que hablar con el jefe de inmigración.

—¿El jefe de inmigración!— exclamó Sue. —¿Yo?

—Sí. ¿Ve Ud. aquel edificio blanco? Suba al cuarto piso y hable con el Sr. Mendoza.

Muy seria. Sue explicó el caso al jefe de inmigración. Estaba tan asustada que el hombre empezó a reír a carcajadas ° de ella.

—¿Qué chistoso! ° No se preocupe tanto, señorita— dijo el jefe. —Según la ley no se permite a ninguna persona salir de Manzanillo en autobús sin pasaporte u otra identificación. Hay marineros de otros países que, de vez en cuando, tratan de entrar al país ilegalmente. Pero, ¡Ud. no es ningún marinero!— Se rió otra vez. —Tome este papel y no se preocupe más. Pero— añadió, —de hoy en ade-